

que agrave nuestra condenacion esta preciosa sangre que con tanta abundancia se derrama? ¿Clamará á Dios contra nosotros, como la de Abel contra su hermano Cain? ¿Se nos podrá aplicar sin violencia lo que el santo profeta Ezequiel decia de su pueblo: *Multo labore sudatum est, et non exivit de ea nimia rubigo ejus*¹? No lo permita Dios, amados míos; y para que por nuestra ingratitud no hagamos veneno mortífero el bálsamo mas precioso de la sangre del Señor, demos el segundo paso en la vida cristiana, que consiste en dedicarnos á la oracion.

8. Sí, hermanos míos, la oracion. Con ella conoceréis vuestras culpas, lloraréis vuestros pecados, y pediréis á Dios misericordia: con ella venceréis las tentaciones de la carne, los combates del demonio y los engañosos atractivos del mundo; con la oracion viviréis contentos con vuestra pobreza, y no os ensoberbeceréis con las riquezas: con la oracion llevaréis con paciencia los trabajos, os mantendréis con tranquilidad en las enfermedades, y no os contristarán las calumnias de vuestros perseguidores: con la oracion, en fin, lograréis la perfecta conformidad con la voluntad de Dios, y un esfuerzo extraordinario para todas las adversidades que puedan ocurrir en la vida, como le aconteció á nuestro amable Redentor cuando dijo: *Non mea voluntas, sed tua fiat.*

9. III. Levantóse, pues, del lugar de su oracion, y aunque con los temores y tristezas allí padecidas tenia su divino rostro desfigurado y descompuesto el cabello, quedó su divina Majestad con esta oracion tan animoso para padecer y morir por nuestra salud y remedio, que despertando y animando á sus discípulos, salió luego al encuentro de sus enemigos que le venian á prender. Apenas dió su Majestad algunos pasos, cuando entró en el huerto el traidor Judas con una tropa numerosa de soldados y ministros, á quienes habia dado la señal que aquel á quien él saludase con el ósculo, ese seria Jesús, que se abalanzasen á él y le llevasen con cuidado para que no se les desapareciese de entre las manos como en otras ocasiones. Y en efecto, acercándose el hipócrita discípulo al mansísimo Jesús, y ocultando en el corazon el odio mas mortal con una demostracion exterior de cariño, le saludó diciendo: Dios te guarde, Maestro, poniendo al mismo tiempo sus inmundos y sacrílegos labios en el venerable rostro del Señor. *O signum sacrilegum*, exclama todo asombrado san Agustin, *ubi ab osculo incipitur bellum!* ¡Oh señal sacrilega de paz, dice el Santo, con que se da principio á la

¹ Ezech. xxiv, 12.

mas injusta y sangrienta guerra! Y ¡cuánto de esto se ve hoy por nuestra desgracia en el mundo! Con capa de amor, con sobrescrito de paz se ocultan los odios mas implacables y las traiciones mas premeditadas. ¡Oh si se vieran los corazones, y qué pocos verdaderos hijos se hallarian para con sus padres: qué pocos agradecidos discípulos para con sus maestros: qué pocos fieles amigos para con sus amigos pobres y necesitados! No vemos los corazones; pero sí los veia nuestro dulcísimo Redentor, y deseando con una paciencia inalterable y un amor sin límites apartar á Judas de sus horrendos extravíos, le pregunta: *Amice, ad quid venisti?* Amigo, ¿á qué has venido? ¿Es acaso á mostrar el agradecimiento al beneficio de haberte criado de la nada, de haberte conservado la vida, de haberte traído á mi escuela, de haberte dado el poder de hacer milagros, admitido por mi amigo, mi sacerdote, mi apóstol, lavádote los piés, y comulgado con mi propio cuerpo y sangre? *Amice, ad quid venisti?* ¿Es posible, Judas, que así te has despeñado? Me has vendido á mis enemigos, y ¿ahora dolosamente me entregas? ¿Qué? ¿No valgo yo mas que ese vil precio en que has concertado mi vida? Yo que crié el cielo y la tierra, el mar y todos los elementos? Yo que produje el oro, la plata y las piedras mas preciosas? Todo un Dios eterno, omnipotente y santo ¿no vale mas que treinta reales? Judas, ¿qué has hecho? Vuelve en tí, reconoce tu pecado, llórale, y ven á mí que no te desamparará mi clemencia, pues aun quiero ser tu amigo: *Amice, ad quid venisti?* ¡Oh prodigio de dulzura y de paciencia! ¡Oh palabras dignas de un Dios, que vino al mundo á reprobear las venganzas, á condenar los resentimientos, á desterrar los odios y enemistades del corazon de los hombres! ¡Qué acogida tan propia de un Dios caritativo, que no habia venido á perder á los pecadores sino á salvarlos! ¡Qué fácil es reconocer en este caso á aquel hombre lleno del espíritu de Dios, de quien los Profetas nos delinearon la mansedumbre inalterable! ¡Qué oportunamente parece que habia hablado David á Judas en nombre del Mesías cuando le decia: Si mi enemigo hubiera conspirado contra mi vida, yo le hubiera sufrido con menos dolor! pero tú, ó Judas, ¿quién lo pudiera creer? tú que eras uno de mi familia, que me acompañabas en mis viajes, que te sentabas á mi mesa, que participabas de mis caricias, y no tratábamos sino de formar por la caridad un corazon y un alma entre todos los de la casa del Señor; tú habias de haber ido á decir á los príncipes de los sacerdotes: ¿qué me dais por Jesús y yo le pondré en vuestras manos? *Si ini-*

micus meus maledixisset mihi, sustinuissem utique: tu vero homo unanimis, et notus meus qui simul mecum dulces capiebas cibos? ¡Infeliz hombre! Si te ha quedado algun rastro de pudor y de sentimiento natural, ¿cómo no te caiste muerto al escuchar una reconvenccion tan tierna? Pero nada menos, Señor; él no os escucha: sus entrañas se han endurecido: su corazon está obstinado. Poned, pues, límites á vuestra misericordia para escarmiento de los pecadores endurecidos, y justificar las imprecaciones de vuestro real Profeta, cuando hablando de este malvado Apóstol, decia: Oprímele, Señor, por su pecado, y póngase á su derecha el diablo: salga condenado cuando se presente en vuestro juicio: sean breves los dias de su triste vida, y sustitúyase otro en su obispado: queden sus hijos huérfanos y viuda su consorte: anden errantes como vagos sus hijos mendigando, y arrójenlos de sus propias habitaciones: no hallen quien los socorra ni quien tenga misericordia de ellos: aniquílese su memoria á la primera generacion, y perpetúese su pecado para siempre, sin ser jamás perdonado. Él no quiso la bendicion¹, pues sepáresele de ella: quiso y eligió la maldicion, caiga eternamente sobre él.

10. Aquí tenéis, amados míos, en la mansedumbre de Jesús para con su enemigo Judas, y en el endurecimiento y obstinacion de Judas á las inspiraciones del Señor, el tercer paso que debéis dar en el camino espiritual. ¡Oh, qué importante! qué útil! qué necesario para conseguir la salvacion! Dejaste las culpas, te separaste de los embarazosos estilos y costumbres del siglo, ¿y te dedicaste á la oracion? Pues cuidado ahora con las divinas inspiraciones. Ellas te levantarán si caes: ellas te reprenderán si pecas, y ellas, si las atiendes y practicas, te levantarán á la mayor perfeccion. Pero ¡ay de tí! si como Judas ensordecas á los divinos llamamientos! ¡Ay de tí si las dejas pasar en vano! Porque entonces se te retirarán; sin ellas te obstinarás en el pecado, y morirás en la impenitencia final. Pecadores, oid; justos, escuchad: atendamos todos á las divinas inspiraciones, si nos queremos salvar: *Amice, ad quid venisti?*

11. IV. Preguntó entonces el Señor á los soldados y ministros: ¿Á quién buscáis? Y habiéndole respondido que á Jesús Nazareno, su Majestad les dijo con entereza: Yo soy. Á esta voz, atolondrados como si hubieran oído un horroroso trueno, ó como si algun furioso rayo desprendido de las nubes les hubiera herido, cayeron todos

¹ Psalm. cviii, per totum.

en tierra. ¡Oh voz de un Dios omnipotente revestido de nuestra carne, qué digna eres de ser temida! Si cuando el Señor se va á entregar en manos de sus enemigos, como un cordero manso, así derriba con un soplo la fuerza de los hombres, ¿qué será cuando con todo el lleno de su poder y majestad vuelva desde el cielo, como bravo leon de Judá, á castigar á los pecadores? Miraba el Señor á aquellos infelices postrados en el suelo, y para demostrarles que de su propia voluntad se ponía en sus manos, les dió licencia para que se levantasen, y les dijo: Yo soy Jesús á quien buscáis: dejad ir libres á mis discípulos, aprovechaos de esta vuestra hora y del poder de las tinieblas. Desde aquí, cristianos míos, dan ya principio los atropellamientos, ultrajes y desprecios de la venerable persona del Salvador. Unos le atan, otros le apalean: estos le pisan, aquellos le blasfeman, y todos emplean su rabia, su furor y crueldad en dar golpes, puñadas y puntapiés á nuestro amable Jesús. Bárbaramente atado, le llevan con inhumano atropellamiento primero á la casa de Anás, que era suegro del pontífice Caifás, por hacerle aquel obsequio de que viera preso á Jesús antes de presentarle á su yerno: allí le insultan de nuevo, y con nueva rabia le maltratan, y de allí le conducen con la misma confusion y atropellamiento al palacio de Caifás. Era este sumo sacerdote aquel mismo que pocos dias antes habia dicho en el concilio que celebraron contra Jesús, que convenia que muriera aquel hombre por la salud de todo el pueblo. Él dijo la verdad sin entender lo que decia, pues el Señor no solo habia de morir por la salud de aquel pueblo, sino por la de todas las naciones del mundo. ¡Infeliz pontífice, que cometió la mayor de las maldades aconsejando la muerte de Jesús, aunque de ella sacase Dios el mayor de todos los bienes, que fue la redencion del linaje humano! Así se sirve su Majestad del ministerio de los malos para sacar muchas veces grandes bienes, y como decia admirablemente san Leon papa: Cuando cometen los delitos, contribuyen sin pensarlo á los designios de Dios¹. Ya se hallaban congregados en casa de Caifás los sacerdotes, los escribas, los fariseos y los ancianos del pueblo, y luego que les presentaron á Jesús atado y rodeado de soldados y ministros, le preguntó aquel Pontífice por su doctrina y de sus discípulos. El Señor, con una mansedumbre inalterable y una firmeza que asombró á los circunstantes, le respondió: Yo siempre he hablado en público en la sinagoga, y en el templo á donde con-

¹ Admisit in se impias manus furentium, que dum proprio incumbunt sceleri famulatae sunt Redemptori. (S. Leo Papa, serm. XI de Passione).

curria el pueblo, y en oculto nada he hablado. Pregunta, pues, á los que me han oido, y ellos te darán razon de mi doctrina. Cuando una respuesta tan concluyente habia de haber hecho enmudecer á todos, un criado del Pontífice se acercó con fiereza al Señor, y levantando el brazo... Cielos, ¿dónde estaban los rayos? Tierra, ¿dónde escondias tus fieras? Infiernos, ¿cómo no tragásteis vivo á este malaventurado? Levantó, digo, el brazo, y descargó una cruelísima bofetada en el adorable rostro del Señor, diciéndole al mismo tiempo: ¿Así respondes al Pontífice?

12. Dios inmortal, que desde el cielo presenciábais una injuria tan enorme, ¿cómo no la vengásteis con la fuerza de vuestra omnipotencia? Vos, Dios mio, que inundásteis toda la tierra con el diluvio, que abrasásteis con fuego del cielo las ciudades nefandas, quitásteis la vida á cincuenta mil betsamitas por haber mirado curiosamente el arca santa, y á ciento ochenta y cinco mil asirios por una palabra de blasfemia contra la Divinidad, y sepultásteis en cuerpo y alma en los infiernos á los levitas que murmuraron de Moisés, ¿cómo ahora á la vista de un crimen infinitamente mas enorme que todos los otros suspendeis vuestros castigos? Pero ¡ay! ¿á dónde me arrebatá una ciega imaginacion? Sin duda he olvidado que Jesús es un Dios de paciencia y de paz: he olvidado que él mismo ha permitido al príncipe de las tinieblas que atormente su humanidad: he olvidado que el Señor quiere enseñar á sus discípulos á sufrir las injurias sin quejas ni murmuraciones. Su dulzura inalterable no le permite otra respuesta que esta: Si he hablado mal, muestra en qué; y si he hablado bien, ¿por qué me hieres? ¡Ay, Dios mio y amable Jesús de mi alma! No espereis satisfaccion de ese mal hombre, ni justicia en ese tribunal donde la envidia reina, y odio mortal contra vuestra venerable persona ha tomado posesion del corazon de todos esos magistrados y asistentes. Ellos tratan de que perezcáis á cualquiera costa y por todos los medios mas injustos y abominables. ¿No veis cómo van recibiendo la deposicion tumultuaria y desordenada de esos testigos falsos que se presentan? Uno dice que sois blasfemo: otro que prohibis pagar los legítimos tributos: otro que reedificaréis el templo de Jerusalem en tres dias: otro dice que os llamais Hijo de Dios, otro asegura que revolveis los pueblos. Todos hablan, y ninguno conviene en su declaracion con el otro: eran testigos falsos, y por eso no concordaban entre sí: *Non erant convenientia testimonia*. Callad, Señor, entre tantas contradicciones, porque la primera palabra que habéis os costará la

vida. Con efecto, viendo el perverso Pontífice que todas estas calumniosas declaraciones nada probaban contra Jesús, se levantó en medio de todos, y le dijo: De parte Dios vivo exijo que lisa y llanamente me respondas: ¿eres Hijo de Dios? En oyendo el Redentor este altísimo y divinísimo nombre, por reverencia de él y por dar testimonio de la verdad, rompió el silencio que hasta allí habia guardado, y respondió lisa y llanamente, que él era Hijo de Dios verdadero. Apenas escuchó el Pontífice estas palabras, en vez de postrarse con la mas profunda reverencia delante de aquel Hombre-Dios, rasgó sus vestiduras arrebatado de furor, y exclamó: *Blasphemavit*. ¿Lo habeis oido? ¿qué necesidad tenemos de mas testigos? ¿Qué pensais en vista de esto? *Reus est mortis*, respondieron todos. Pero, infeliz Pontífice, ¿á quién preguntas sobre la suerte de Jesús? ¿Á estos impíos vendidos al pecado; ó preguntas á la posteridad? ¡Ay de tí! Los siglos futuros juzgarán quién es el que ha blasfemado, Caifás ó Jesucristo. Los siglos futuros verán que rasgando tus vestiduras contra la prohibicion hecha al sumo sacerdote en el Levítico, te has despojado, sin saberlo, de los ornamentos pontificales; has perdido el derecho de volverlos á vestir; has demostrado públicamente, sin comprenderlo, la abrogacion de la ley antigua, el fin del Viejo Testamento, y la abolicion perpétua del sacerdocio entre los judíos. Los siglos futuros te mirarán con tanta indignacion como desprecio, por ser á un mismo tiempo testigo, juez y acusador en la causa del mas santo de los hombres. Ellos adorarán como Dios al que tú tratas de blasfemo. Esa blasfemia que tú supones, será dichosamente la religion de todos los pueblos. Todos los tiempos, todas las edades te verán con execracion, y el voto unánime de los que contigo condenan á Jesús por digno de muerte, será justamente abominado de todas las naciones venideras: *Reus est mortis*.

13. Pero, hermanos míos, ¡qué diluvio de males, de improperios y de ultrajes siguen á esta injustísima sentencia! Amable Jesús, terrible noche vais á pasar. Cubierto vuestro divino rostro con un asqueroso andrajo, vais á ser la risa y el desprecio de los bárbaros soldados, de los ministros perversos y de los verdugos mas crueles. Adivina, le dicen, ¿quién te dió esta bofetada? ¿Quién de nosotros te dió ahora este golpe? *Prophetiza nobis, Christe, quis est qui te percussit?* Así hablaban y maltrataban al Señor aquellos insolentes. Pues qué, hombres insensatos, ¿pensábais que no veria Jesús, por tener vendados los ojos, á quien le abofetea y maltrata,

cuando todas las cosas están claras y patentes en su adorable presencia? Sabed que él ha visto nacer en el corazón de Judas su detestable perfidia: así lo dijo en la última cena delante de todos sus Apóstoles: uno de vosotros me ha de entregar; y después se lo declaró en particular á su amado Evangelista: el Señor ha visto formarse en el alma de los fariseos y sacerdotes la conjuración que va á quitarle la vida: él ha visto los pensamientos más ocultos de los demás discípulos y los de sus enemigos, y se los ha declarado muchas veces con la mayor individualidad. ¿Se le ocultaría acaso la negación de san Pedro, que tanto blasonaba de su constancia, que tanto confiaba de sí mismo, y que tan inconsideradamente se fué aquella misma noche á poner en el peligro? ¡Ay! nuestro amable Jesús se la predijo con la mayor claridad y distinción, señalando el cuándo le había de negar, y las veces que le había de negar. El Señor ha visto todas las injurias que le habíais de hacer, los tormentos que había de experimentar, los azotes que había de sufrir, la corona de espinas que le habíais de poner, la cruz que había de llevar al Calvario, la muerte que en ella había de padecer: él ha visto y hablado de todas estas cosas antes que sucediesen: vió también y predijo su gloriosa resurrección á los tres días de difunto, su admirable ascensión al cielo, la venida del Espíritu Santo, el establecimiento y extensión maravillosa de su Iglesia, la ruina de Jerusalén, la destrucción de su templo, la dispersión de la Sinagoga, la degradación eterna del sacerdocio de Aarón, y la miserable esclavitud de su pueblo: Jesús, finalmente, ha llegado con su vista á los últimos tiempos del mundo, y nos ha predicho muy particularmente el formidable aparato del juicio universal y la desolación última de todas las cosas; y á este Dios-Hombre, que por entre la oscuridad de las edades futuras todo lo ve con la mayor distinción: todo, todo cuanto ha de suceder en el cielo, en la tierra y en el infierno: en los Ángeles, en los hombres y en los demonios; ¿y á ese mismo os atreveis á preguntar si conoce la mano que le hiere? ¡Asombrosa estupidez del entendimiento humano! ¡Admirable paciencia del amor divino!

14. Grandes lecciones tenemos aquí para dar el cuarto paso en la vida espiritual; pero la que nos da san Pedro con su negación y su arrepentimiento, nos debe llevar por ahora la atención. ¿Emprendimos el camino de Dios, caminamos por él con total separación de las costumbres del siglo, con oración y atención á las divinas inspiraciones? Pues aprendamos ahora á no confiar, como con-

fiaba san Pedro, mas de lo justo en nuestras propias fuerzas; á no buscar ni entrarnos en los peligros por nuestra propia voluntad, como se entró san Pedro, y á llorar perpétuamente como él nuestros desórdenes, si por desgracia reincidiésemos en la culpa. Mirad que no somos apóstoles como lo era san Pedro: no estamos tan favorecidos de la presencia corporal de Jesucristo como lo estaba san Pedro: no tenemos aquel fervor ardiente que san Pedro tenía, y con que se ofrecía á morir por su Maestro antes que negarle, aquel ardimiento con que echó mano á la espada y arremetió solo á los soldados y ministros; y si un hombre como este cae en las ocasiones peligrosas: si el Príncipe de los Apóstoles niega tres veces á Jesucristo, ¿quién estará seguro en los peligros? Ninguno. Creedme, hermanos, es una ilusión, es un error contar con la firmeza de vuestros buenos propósitos, no separándoos de los peligros. ¿Imitásteis á Pedro errante? Imitadle penitente. Compadecióse nuestro amable Redentor Jesucristo de su discípulo Pedro, le miró amorosamente, y Pedro, cooperando á las divinas inspiraciones, huye de los peligros y llora amargamente su pecado: *Exivit foras, et flevit amare.*

15. V. Pasóse, en fin, aquella tristísima noche: á la mañana se volvieron á juntar los sacerdotes, los escribas, los fariseos y demás personas visibles que componían el conciliábulo en que presidía Caifás, y juzgando todos que el Autor de la vida era digno de muerte, le llevaron bien atado y con grande alboroto al palacio del presidente Pilatos, para que hiciese ejecutar la sentencia con el mayor rigor. Examinó brevemente la causa el Presidente, y no hallando delito en aquella suma inocencia, preguntó á los escribas y fariseos, ¿qué acusaciones tenían contra aquel hombre? Ellos, llenos de hipocresía y de diabólica soberbia, le respondieron: Si no fuera malhechor, no te le traeríamos para que le sentenciaras. No satisfizo al Juez esta respuesta, y mandando acercar al que le presentaban como reo, le entró consigo en el pretorio, y á solas le preguntó Pilatos: Hombre, ¿qué has hecho? *Quid fecisti?* ¡Oh Pilatos, si tú supieras lo que ha hecho ese Dios-Hombre que tienes en tu presencia, qué concepto tan diferente formarías de su persona! Ten entendido que ese hombre que te presentan como reo, es aquel gran Dios que en el principio crió el cielo y la tierra, y todas las demás cosas. Es quien sacó de la nada todo lo visible é invisible, y sin cuyo poder nada se hizo. Es el que manda á los vientos y á los mares, y le obedecen: él resucita los muertos, da vista

á los ciegos, piés y manos á los baldados, oído á los sordos, y habla á los mudos. Es quien arroja los demonios, serena las tempestades, y en todas las ocasiones se ha mostrado poderoso en obras y palabras. Es quien hace cuanto quiere, y ha hecho tales prodigios, tales maravillas, que no cabrian en el mundo los libros si todas hubieran de escribirse. En una palabra, entiende, ó Pilatos, que los mismos que te entregan ese hombre, le han confesado por el Mesías prometido en su ley y en sus Profetas, le han recibido con triunfo, le han aclamado por hijo de David, por el bendito del Señor, y por un hombre que hizo bien todo cuanto ha hecho, como dice el Evangelio ¹. Considera qué delitos son estos para sentenciarle á muerte. No entendió Pilatos estos misterios, pero conoció claramente la mala voluntad con que los judíos acusaban á aquel hombre, y propuso eficazmente en su interior el libertarle. Y sabiendo que Jesús era galileo, se le remitió al rey Herodes, que gobernaba en aquella provincia y se hallaba entonces en Jerusalem, para que como vasallo suyo terminase aquella causa, y él no tuviese precision de intervenir en ella. Mucho se alegró Herodes viendo á Jesús, porque habia oído de él tantos prodigios, que deseaba ansiosamente que hiciese alguno en su presencia; y como Jesucristo no condescendiese á su impertinente y vana curiosidad, y ni aun siquiera le hablase una palabra, le tuvo por un fatuo, y vistiéndole de blanco como á loco, se le devolvió al presidente Pilatos. ¡Oh almas, mirad cómo anda nuestro amable Redentor, de un juez á otro, de un tribunal á otro! La eterna Sabiduría del Padre es reputada locura por los hombres! Dios confundirá estos falsos juicios de los hombres, y con la misma vara os medirá, teniendo por locura en su adorable presencia la orgullosa sabiduría de los mortales.

16. Viendo Pilatos que este expediente no le salió segun pensaba, eligió otro, y fue decirles á los judíos: Ya sabeis que por la Pascua en que nos hallamos ha sido costumbre dar libertad á un reo. Yo tengo preso á Barrabás, que como vosotros sabeis es un insigne ladron, un hombre revoltoso, un homicida y un enemigo comun: vosotros me presentais á Jesús, que es un hombre humilde, benigno, inocente, que á todos ha hecho bien y á nadie mal: *Quem vultis vobis dimittam?* ¿Á cuál de los dos quereis que ponga en libertad? Le pareció sin duda á Pilatos que no habria en que

¹ Et eo amplius admirabantur, dicentes: Bene omnia fecit: et surdos fecit audire, et mutos loqui. (Marc. vii, 27).

dudar: creyó firmemente que quedaria libre Jesús, servida su mujer, que le habia hablado á su favor, y el mismo Pilatos sin la opresion y zozobra en que se hallaba su espíritu por la idea que habia formado de que Jesús era un hombre justo. Pero nada menos aconteció que lo que pensaba Pilatos: levantan el grito aquellos hombres ingratos, y piden la libertad de Barrabás: *Non hunc, sed Barrabam.* Venga Barrabás y muera Jesús: quede libre Barrabás y poned en una cruz á Jesús. ¡Cielos, cómo no os desplomásteis sobre la tierra! ¡Abismos, cómo no sumergísteis en vuestros mas profundos senos á unas lenguas tan sacrílegas!

17. Pero ¡ay! ¡cuántas veces en medio del Cristianismo se hace una eleccion tan asombrosamente injusta! Hombres soberbios, ¡cuántas veces elegís la venganza de un agravio en contraposicion del amor que os prescribe Jesucristo? ¿Cuántas veces, hombres sensuales, os abalanzais á los mas brutales excesos de vuestra concupiscencia, de vuestra gula y de vuestra envidia, atropellando la venerable persona del Salvador, que os manda ser castos, sóbrios y caritativos? ¿Cuántas veces, ó mujeres, elegís el Barrabás de un mal hombre que os pierde, os deshonra y os condena, dejando á Jesús que con su casto amor os llama y os convida? ¿Cuántas veces, pesando en falsas balanzas todas las cosas, alabais el vicio y vilipendiais la virtud? ¿Cuántas veces adulais al malvado y atribulais al justo? ¿No es esto ser mas reprehensibles que los endurecidos judíos? Sin duda alguna. Ellos carecian de las luces de la fe divina, y no creian que Jesús era Dios; y vosotros, creyéndole y confesándole por tal, le posponeis á un pecado. Entended, pues, vosotras, almas piadosas, que el quinto paso de la vida espiritual, es callar con Jesús: es no hacer caso con Jesús de los errados dictámenes de los hombres: es fijar con rectitud la intencion en solo Dios, y obrar por su amor todas las cosas, dejando á los hombres que juzguen como quieran. Tengan por locura la simplicidad evangélica: gradúen de debilidad la humildad santa: estimen por cobardía de espíritu la huida de los peligros; que tambien estimaron los hebreos á Barrabás por mas digno que Jesús, y lo erraron lastimosamente: *Erraverunt ab utero, locuti sunt falsa* ¹.

18. VI. Aunque Pilatos conoció que Jesús era hombre justo, no se halló con bastante fuerza de espíritu para ponerle en libertad; y mandó que le azotasen cruelmente, no tanto por castigarle, cuanto por ver si así podia libertarle de la muerte. Pero ¿quién te

¹ Psalm. LVII, 4.

ha dicho, ó juez infcua, que puede hacerse lícitamente una accion intrínsecamente mala, aunque la intencion sea buena? Tú mismo conoces la inocencia de ese que presentan como reo: tú sabes que por envidia le han conducido á tu tribunal: del proceso no resulta prueba legítima para condenarle; pues ¿cómo le condenas? ¿Cómo mandas que con un diluvio de azotes hagan una llaga horrible del mas hermoso y puro cuerpo que formó la Omnipotencia? ¡Oh condescendencias de los jueces, y qué funestas sois á la vida de muchos inocentes! Considerad desnudas aquellas carnes virginales del Hijo de la Virgen, amarrado ríciamente á una columna y entre crueles verdugos, que descargando golpes con correas como riendas durísimas, entumescen todo aquel cuerpo purísimo y delicadísimo: que sacudiéndole con delgadas varas, rompen las carnes, y golpeando con cordeles retorcidos y nudosos, empieza á correr la sangre por todo el cuerpo hasta rebalsarse en la tierra: considerad que aquellos bárbaros como irritados á la vista de la sangre de Jesús, descargan con nuevo furor los golpes, hasta que hecho todo una horrorosa llaga, se descubren los huesos... ¡Ay! ¡ay! La vista se debilita con la fuerza del dolor, el entendimiento se pasma, la lengua titubea, y mi corazon se rinde á la violencia de mi afliccion. Dispensadme el formar reflexiones sobre una crueldad tan sin ejemplo. Llegad vosotros, amados hijos míos, y desatad de la columna á nuestro amabilísimo Redentor, lavad con vuestras lágrimas sus heridas, antes que todo afeado con la sangre, insultado con las burlas y desprecios, injuriado con la púrpura andrajosa, coronado de punzantes espinas, y ridiculizado con un cetro débil de caña, le saquen á la presencia del pueblo. Llegad tambien vosotros, Ángeles santos, y recoged diligentes los pedazos de la carne y sangre deificadas que quedan por esa tierra, para que no sean pisadas y todavía mas ultrajadas de los hombres. Acercaos Vos, Virgen santísima, acercaos mas, Señora, y ved si conoceis á vuestro Hijo muy amado. ¿Es este, dulcísima Madre mia, aquel hermosísimo entre los hijos de los hombres? ¿aquel cándido y rubicundo, y sobremanera agraciado y escogido entre millares? ¿Es ese vuestro amado, por quien suspira vuestro pecho, á quien adora vuestro corazon, y á quien ofrece rendidos obsequios vuestro afecto? Ese es, sin duda, Madre amabilísima, pero nuestras culpas le han puesto de tal modo, que no parece lo que es. Ese mismo es, Señora mia, y sino oid á Pilatos que tomándole por la mano, le saca á un balcon á vista de todo el pueblo, y dice: *Ecce Homo*. Ved

aquí á Jesús Nazareno, ese hombre que decís ser un revoltoso y malo: vedle aquí, que demasiado castigado os le presento: no prosigais en pedirme su muerte, dejadle ya que en paz se vaya libre. Nada menos, respondieron irritados los judíes: *Crucifige, crucifige*; quitale, quitale de nuestra vista y mándale sacrificar. ¿Lo habeis oido, Virgen dolorosísima? Pues *Ecce Homo*. Mirad á Dios hecho hombre en vuestras purísimas entrañas por virtud del Espíritu Santo: mirad á aquel que nació de vuestro castísimo vientre, quedando Vos vírgen purísima: á aquel que alimentásteis con la virginal leche de vuestros purísimos pechos: que tuvísteis tantas veces cuando niño en vuestros brazos, y que criásteis como verdadera Madre suya: mirad como su ingrato pueblo desea y solicita su muerte: *Ecce Homo*. Pueblo ingrato, pueblo sacrilego, mira á tu Dios hecho un varon de dolores desde los piés á la cabeza, y responde á las dolorosas y sentidas reconvenciones que su Madre te hace por él: *Popule meus, quid feci tibi, aut in quo contristavi te? Responde mihi*. Pueblo mio, ¿qué te ha hecho mi amado Hijo ó qué sentimientos te ha causado para que pidas su muerte, y quieras dejarme á mí en amarga soledad? ¿Ha hecho mal en sanar á tus enfermos, en dar vista á los ciegos, en librtar á los endemoniados y en resucitar á los muertos? ¿Te ha causado algun perjuicio en procurarte la felicidad eterna, en rescatarte del cautiverio del demonio, en sacarte de la cárcel del pecado, en pagar tus deudas, en ofrecerte sus gracias y prometerte su gloria? *Popule meus, quid feci tibi?* Respóndeme, pueblo mio; ¿he hecho yo mal en procurar con mi Hijo llenarte de bendiciones de su mano liberalísima para que no te perdieras enteramente? ¿he hecho mal en ser tu madre, tu abogada, tu protectora y tu corredentora? *Responde mihi*. ¡Ay Señora! ya responde el pueblo mas endurecido que los bronces: *Crucifige, crucifige*. Hombres que me oís, mujeres que me escuchais: *Ecce Homo*. ¿Qué decís á este hombre? Él es quien os crió de la nada en medio del Cristianismo, quien os conserva con su admirable providencia, quién os da la tierra que pisais, el aire con que respirais, la luz con que veis, la comida con que os alimentais, el vestido con que os cubrís, la vida con que vivís y la gloria que esperais. Él es quien os hace multiplicados favores por sus Sacramentos, sus Ángeles, sus predicadores, sus sacerdotes y sus templos: ¿ha hecho mal el Señor en haceros tanto bien? *Responde mihi*. ¿Quereis tambien vosotros crucificarle segunda vez con vuestros pecados, como decia el grande apóstol san Pablo? Pues si así